

Navegando en Aguas fuertes

Natalia Sternschein

“Parece evidente, entonces, que la habilidad para construir narraciones y para entender narraciones es crucial en la construcción de nuestras vidas y la construcción de un ‘lugar’ para nosotros mismos en el posible mundo al que nos enfrentaremos”¹.

Imaginemos que cada ciudadano, cada alumno en la escuela, comienza a contar un día de su vida a modo de entrada a lo que podríamos denominar “alfabetización digital crítica y creativa”². “Pensarse a sí mismo”, en la propia historia personal es un buen punto de partida para comenzar a cuestionar cotidianidades, utilizando lo cercano como puertas de entrada al análisis de la información, de los medios como formas culturales, dando cuenta no solo de las múltiples brechas y desigualdades sino también de los contextos de producción y consumo y de las representaciones del mundo que dichos medios articulan.

Partir de lo propio permite un cambio (y un intercambio) respecto de la forma de impartir y compartir conocimiento entre los que enseñan y los que aprenden, a la vez que conecta el ámbito institucional de enseñanza con la vida fuera de lo escolar. Empezaré entonces, a narrar un día en mi vida.

El desayuno

Mi desayuno ya no es lo que era. Y no es que haya abandonado la manteca, o suspire por el Chimbote de antaño. No; creo que lo que realmente ha cambiado el lugar y la forma de cortar mi ayuno nocturno es que lo hago frente a la computadora. Diría que de a poco, sin darme cuenta, mi primer contacto de la mañana comenzó a ser con la PC, en vez de la tostadora. Es más, a esta última, la abandoné. Luego de tirar a la basura cantidades de rodajas completamente quemadas por estar abriendo y contestando mails, decidí que lo mejor era incorporar las famosas “tostis”. Alguien podría decir que lo

¹ Bruner, J., *La educación, puerta de la cultura*, Madrid, Visor, 1997, p.59.

² Tengo en cuenta que hasta hoy, el término “alfabetización” sigue abierto a la negociación y al debate por las múltiples definiciones elaboradas a lo largo de la historia y las diversas metáforas que se ponen en juego al emplear dicha palabra. Ver Buckingham, D., *Más allá de la tecnología. Aprendizaje infantil en la era de la cultura digital*, Buenos Aires, Manantial, 1997.

mejor hubiese sido comprarme una tostadora eléctrica, y yo estoy de acuerdo, pero las tostadas envasadas ya me resuelven el tema, las abro casi sin mirarlas y el mismo “automatismo” hace que las coma sin saborearlas. No, no es lo mismo comer tostadas calentitas, humeantes, ver cómo el queso blanco se desliza sobre ellas, dedicar un tiempo exclusivo a disfrutar de este ritual. Pero evidentemente, privilegié la practicidad y es por ello que sumé un argumento más para que mi primera comida de la mañana ya no sea lo que era. Son como los “riesgos y promesas” de ir incorporando nuevos hábitos a la hora del desayuno y de mezclar a Burbules y Callister con las tostadas.

Es que desayunar frente a la computadora no es hacer lo mismo pero en otro lugar sino que ello ha implicado la transformación de muchas cosas asociadas a esta rutina que van, desde lo que yo recuerdo de los desayunos en familia escuchando a Magdalena Ruiz Guiñazú por la radio o sea “mi historia personal del desayuno”, hasta el cambio en la forma de percibir (o no percibir) lo que como y las desventajas inherentes a esa decisión –si se quiere en algún punto inconsciente– de empezar mi día comiendo frente a un monitor.

Por supuesto que nunca me dije a mí misma “a partir de ahora, cambio el placer del desayuno familiar por el acto de masticar tostadas pre-fabricadas frente a la computadora”, simplemente, me encontré haciéndolo. Y es en este ejercicio de narración y reflexión simultánea, donde realmente me doy cuenta (o me desayuno).

A media mañana

Continúan entrando y yo eliminando mails de los que prometen cambiarme la vida: desde alargarme el pene (ellos no saben que no tengo o quizás especulan con que tengo un marido, amigo, novio o conocido que puede quererlo y que en ese caso yo se lo sugeriría) hasta convertirme en una experta en marketing o tener la discografía completa e ilegal del cantante que desee, entre tantas otras cosas. Por supuesto, también recibo otro tipo de mails que podría agrupar bajo la categoría de *friendly spam* o mails de amigos, familiares y conocidos que reenvía cadenas insufribles.

Es en este momento de la mañana, cuando empiezo realmente a concentrarme y también cuando mi hijo de 5 años que va al jardín de infantes durante la tarde, hace aparición en pijama suplicando jugar en mi computadora. No han pasado muchos años desde su asociación casi unívoca entre la computadora y el trabajo, “mi mamá trabaja de computadora” o “estoy trabajando” decía mientras presionaba las teclas de un teclado

que no funcionaba y que usaba para jugar. Ahora que tiene un cierto manejo, la computadora empieza a tener nuevos significados para él y para mí también, sobre todo cuando me muestra funciones que hasta ese momento yo desconocía por completo.

Una vez resignado a tener que jugar a otra cosa “más tradicional” (o a veces, a lo mismo que en la computadora como el memotest, aunque “¡ya te dije mamá que no es lo mismo!” y probablemente tenga razón; si bien se retoman algunos elementos existentes de la cultura infantil, el contexto es diferente) muchas veces decide mirar, o en algunos casos, quedar absorto frente a los dibujos animados de su nuevo canal favorito donde los malos son malos y los buenos, por momentos, también.

Hoy, las nuevas representaciones del mundo parecen convivir perfectamente con las viejas concepciones maniqueístas de mi infancia (y de otras anteriores) que de alguna manera nos proporcionaban cierto tipo de seguridad; los buenos eran buenos (no importaba quién o qué hacía de bueno) y no había lugar para la ambigüedad.

Terapia y culpa mediante por dejarlo expuesto ante un surtido hiperveloz de tiros, patadas, rayos mortales y comentarios sarcásticos más apropiados para un adulto que para un niño de 5 años, me consuelo recordando cómo disfrutaba yo de “Los tres chiflados” cuando Moe abofeteaba a Larry y este a Curly, cada vez que alguno hacía algo mal pero también “a cuenta” de equivocaciones futuras.

Primera hora de la tarde

No existe más para mí “hora” del almuerzo. Podría llamarlo “minutos satisfaciendo el hambre con método ídem desayuno”. Así que paso al momento de llevar a mi hijo al jardín. Ya en el auto, enciendo la radio y los conductores del programa preguntan a los oyentes sus opiniones respecto de si la tecnología (refiriéndose a Internet, puntualmente a los blogs) profundiza la violencia en la escuela o no. La “encuesta” se armaba a partir de una noticia que no llegué a escuchar pero que reconstruí a partir de los comentarios de los conductores luego de relatar el hecho que – intuí–, se trataba sobre las agresiones sufridas por un chico a través de un blog que armaron otros. Es lo que se denomina como *cyberbullying*.

Lo primero que uno piensa como ciudadano común es “esto es una manifestación más de los tiempos que corren (y que se navegan) donde los chicos dirimen sus cuestiones personales no solo en los espacios físicos sino también en los virtuales”.

Lo segundo que uno piensa es –más allá de los determinismos subyacentes en la encuesta a los oyentes, tanto si la tecnología es concebida como solución a todos los problemas o la causante de todos los males– en qué lugar debería ubicarse la escuela frente a situaciones como estas, cómo abordarlas y cómo involucrar a su comunidad. La escuela a veces está sola en semejante tarea por eso, tiene que haber una decisión política de intervención y participación. El no hacerlo también es una decisión política. La educación siempre es política, se decide qué se enseña y qué no, a quiénes, cómo.

Ya hay varios especialistas, comentaristas, periodistas y políticos que hablan de nuevas formas de violencia que se ejercen a través de la web que, en realidad, reflejan las “viejas” formas de violencia que hay en la sociedad, que a su vez se reproducen en la escuela... ¿es lo mismo de siempre?

Luego de unos minutos, el tema había cambiado pero sin ninguna conclusión ni reflexión más allá del comentario de algún periodista. Se sobreentendía que “quedaba abierto” para que los oyentes pudieran dejar sus opiniones, breves por supuesto, en el contestador de la radio. Vuelvo a pensar en la necesidad de hacer algo desde lo educativo.

Llegando al jardín se establece otro debate con mi hijo que me pide que llame a su tía. Le digo que no puedo porque ahora está ocupada y además no está en su casa. “Ya sé que no está en su casa” –me contesta– “llamala al celular”. Le explico que por más que tenga celular, no hay que llamarla porque está trabajando y no puede atender. “No importa, le dejo un mensaje en el contestador” –insiste-. Le digo que ahora no puedo porque estoy manejando. No se resigna. Me contesta que yo le dicte los números para que él los apriete, total va a hablar él y no yo. Por suerte, la conversación queda *stand by* porque llegamos al jardín. Digo “*stand by*” porque sé que cuando vuelva a buscarlo me va a preguntar nuevamente si puede llamar, su memoria RAM no falla.

Recuerdo que hace no tantos años, le había dejado a una amiga un mensaje muy importante en el contestador de su casa en el que le decía que tenía que estar ese mismo día, a tal hora, en determinado lugar. Mi amiga escuchó el mensaje recién al día siguiente y se enojó conmigo porque no entendía cómo no se me había ocurrido llamarla al celular. En esa “época”, me olvidaba de llevar conmigo el “aparato”, aproximadamente 5 de los 7 días de la semana y cuando lo hacía, en general no lo escuchaba. Tampoco sabía mandar mensajes de texto.

De aquel entonces, recuerdo también una conversación telefónica con mi hijo. Yo le hacía preguntas del otro lado de la línea y él contestaba asintiendo o negando con la cabeza. “Mi amor, respondeme con sí o no porque no te puedo ver a través del tubo” –le decía. Aunque no va a faltar mucho para que suceda, pensaba.

Hoy hago un ejercicio recreativo imaginando lo que implicaría la masificación de la imagen en el teléfono. Qué pasaría si uno no quiere mostrarse, ¿el otro lo tomará a mal? ¿Y si es el otro el que no quiere que yo lo vea?, ¿tendrá algo que ocultar? ¿Y cómo habrá que hablar para que se vea nuestra cara? ¿Dejaremos de hablar con el teléfono pegado al oído? ¿Y si alguien deja mal colgado o no corta, el otro va a ver todo? ¿Surgirán nuevos usos para el “nos vemos”?

Segunda hora de la tarde

Llego a mi casa, me siento nuevamente de cara al monitor, continúo trabajando y contestando mails. No sé porqué divido estas tareas teniendo en cuenta que contestar mails a veces me representa un gran trabajo pero además, es parte de mi trabajo. Sin este correo no podría estar clavada en mi silla haciendo varias cosas a la vez. Por momentos me canso más que cuando “corro” físicamente de un lado a otro. ¿Cuál sería la palabra para decir que uno está corriendo (para llegar a tiempo con los trabajos y obligaciones varias) sin moverse de la silla? El *multitasking* pareciera ser un término bastante apropiado para esta situación. Cada vez que utilizan este concepto para referirse a la capacidad de “la nueva generación digital” o “los nativos” para escuchar música, ver la tele, hacer la tarea, chatear al mismo tiempo, me pregunto ¿no es acaso lo que me sucede cuando dejo un rato más a mi hijo arrugándose en la bañera para seguir trabajando en la computadora, en varios archivos a la vez y le hago señas a mi otra hija para que no hable porque me están llamando por teléfono por algún tema laboral?

A pesar de la posibilidad de realizar varias cosas al mismo tiempo, en parte también por esta convergencia de medios que permite integrar tecnologías, experiencias, formas y prácticas, nuestra concepción del tiempo sigue siendo lineal. Por el momento no hay Teoría de la Relatividad, ni procesamiento en paralelo ni documentales sobre otras culturas que puedan hacerla tambalear, por lo menos desde las maneras que tenemos de pensar el mundo en nuestra vida cotidiana.

Se nos viene la noche

Volviendo al tema de los *mails*, voy a mencionar uno en particular, que me llamó la atención. Se trata de un mensaje enviado por una madre del jardín de infantes de mi hija de 3 años, que utiliza la cadena de *mails* de padres de la sala para reenviar si no es todo, una gran parte de estupideces sin ningún tipo de filtro en cuanto a contenido, ni criterio en cuanto a sus destinatarios con los que no hay confianza. No obstante, esta vez el *mail* que me reenvió me llamó la atención por su contenido, como decirlo... un tanto golpista. Como el mail original estaba firmado con nombre y apellido decidí tomarme el trabajo de *googlear* al firmante y mandarle un mail para verificar si por lo menos había sido él quien lo había enviado. Pero no recibí respuesta lo cual no confirma ni contradice la hipótesis de que efectivamente haya sido él, ya que uno puede suponer que dicho señor no me contestó porque no quiere, no es él, lo eliminó sin darse cuenta, tiene muchos a quienes contestar, a él también se le queman las tostadas.

De todos modos, más allá de mi postura frente al contenido, me pareció más relevante el acto casi mecánico de reenviar este *mail*.

Como era de esperar, al rato, aparece la primera respuesta de una de las madres que decía que el contenido del mail le parecía vergonzoso, que no le envíe más este tipo de correos y que preserve el espacio para cuestiones inherentes a la escolaridad de nuestros hijos. Así que, luego de varios intercambios de los que toda su lista de contactos fuimos testigos, la que reenvió el *mail* pide disculpas –casi se diría públicamente– y dice que no va a volver a ocurrir.

Pasaron varios minutos y nadie mandó más nada. Excepto yo. Me sentía en el deber de agregar algo más a la discusión. No es lo mismo mandar un mail que dice que si lo reenvías a 400 personas serás recompensado post mortem, que enviar uno donde se promueve cierta desestabilización institucional. Así que envié mi respuesta, un tanto aleccionadora quizás, conminándola a recurrir al sentido crítico y a la actitud responsable. Es que si yo no decía nada, iba a estar convalidando su actitud. Una especie de confirmación por omisión.

Después volví a pensar en rol de la escuela.

Antes de que den las 12

Perdí mi zapato, no sé qué me pasa, no puedo dormir. Busco finales para esta historia, aunque en algún punto sea una historia sin fin.

Se me ocurre, entonces, que estar despierta es una interesante metáfora para describir la experiencia de narrar mi propia experiencia. Construir mi versión del mundo y de mí misma es una forma de mantener los ojos abiertos sobre la relación íntima que tenemos con la tecnología, con nuestras prácticas cotidianas. Narrar me desvela; es como echar luz sobre ciertas zonas que habitualmente están en penumbra. Y todos sabemos que una vez que se iluminan esos espacios se nos hace difícil volver a dormir, por lo menos en las condiciones en que lo veníamos haciendo. Pero tampoco es cuestión de hacer una apología del insomnio. Las rutinas sobre las cuales descansamos, también nos permiten cerrar los ojos y ponernos a soñar.

Ahora sí, buenas noches.